

V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe, 2004.

# **Dinámica de los Cambios Urbanos Impersonales: Un Modelo Lingüístico.**

Hernán Neira.

Cita:

Hernán Neira (2004). *Dinámica de los Cambios Urbanos Impersonales: Un Modelo Lingüístico*. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/v.congreso.chileno.de.antropologia/51>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evNx/MZE>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# *Dinámica de los Cambios Urbanos Impersonales: Un Modelo Lingüístico*

Hernán Neira\*

## *Resumen*

De todos los tipos de cambios urbanos, tal vez el más relevante sea el que es fruto de modificaciones ínfimas pero reiteradas. Un modelo racional de evolución física y moral de la ciudad, ya se apoye en la cultura, ya en acciones racionales o en el gobierno del sistema-ciudad, pone el acento en los instrumentos de intervención o de acuerdo sobre objetivos, como propone Habermas. En cambio, un modelo lingüístico-estructural de la evolución urbana, puede comprender una ciudad que evoluciona carente de objetivos y privada de sujeto de acción, sin necesidad de postular ni un inconsciente colectivo ni una situación caótica. La filosofía política, si quiere comprender lo que sucede y no solamente lo que ella concibe como ideal de convivencia, debiera estudiar las modificaciones ínfimas no concordadas en la ciudad.

**Palabras Claves:** espacio público, espacio privado, capital social.

## *1. Vivir en ciudades<sup>1</sup>*

Uno de los acontecimientos más significativos para la filosofía política, después del hecho de la existencia social del ser humano, tal vez sea el que dicha existencia se dé en ciudades. Porque una cosa es vivir socialmente, lo que el ser humano comparte con multitud de otros animales que tienen formas tanto o incluso más organizadas en ese aspecto, pero otra es que el medio donde más se da la sociabilidad, hoy en día, es la vida en ciudad. Las últimas investigaciones genéticas demuestran el extraordinario parentesco entre el ser humano y ciertos simios, de forma que las diferencias entre nuestra especie y algunas otras, de existir, no provienen tanto de la biología, sino del hecho de que la especie humana genera sociedades urbanas. Y por vida en ciudades entendemos aquí una doble acepción, que incluye, por un lado, sus aspectos físicos y, por otro, sus aspectos políticos. Es un tema sobre el que la filosofía no ha reflexionado suficientemente, motivo por el que quizás confunda lo que son características propias del vivir en ciudades con características de la estructura

ontológica del ser humana. Así, hace unos meses, en el libro *La ciudad y las palabras*<sup>2</sup> comentábamos el hecho de que, por ejemplo, la angustia puede ser un fenómeno propio de las ciudades y no necesariamente, como creen algunas escuelas, una estructura de la existencia humana. Si especificamos un poco más, nos encontramos con que muchas de las reflexiones sobre el fenómeno político contemporáneo y sobre la naturaleza del ser humano soslayan el hecho de que se vive en ciudades y hablan de nuestra especie como si la sociabilidad y la política no tuviesen relación con el medio urbano. Mientras no se tenga en cuenta el fenómeno urbano, algunas de las afirmaciones sobre la vida social, sobre la vida política incluso sobre la estructura existencial de nuestra especie adolecerán de la misma abstracción que Marx criticaba a algunos de los jóvenes hegelianos. Es más, si no se aplica a Marx una crítica urbana, las afirmaciones de él sobre el trabajo industrial podrían ser una abstracción del mismo tipo de aquellas a las que él se oponía. Marx conecta la vida industrial a la vida social sin considerar que, quizás, no se deduce tan solo del trabajo industrial.

¿Y qué es una ciudad? La ciudad es una comunidad autosuficiente situada en un espacio relativamente pequeño y densamente ocupado, que además se da un gobierno propio relativo a los tres aspectos que entran en ella: el cultural, el técnico y el de autogobierno<sup>3</sup>. Esta comunidad no se define sólo ni principalmente por el espacio que ocupa, sino por el hecho de que posee un gobierno autónomo. La autosuficiencia de la ciudad no es material, sino moral. Las decisiones que le competen son tomadas por ella misma y además permite la plena realización del ser humano, en el sentido que lo entiende Aristóteles, es decir, la participación en las decisiones sobre el destino común. Esta autonomía y participación no significa necesariamente que sean democráticas, sino más bien que en ella hay derechos y deberes que son específicos del vivir allí, independientemente de si esos derechos y deberes son definidos de forma autoritaria. Puede ser que el gobierno de una ciudad sea muy auto-

\* Escritor. Profesor de la Universidad Austral de Chile. E-mail: hneira@uach.cl

ritario y, sin embargo, gozar del acuerdo de los ciudadanos y oponerse a un gobierno estatal democrático. Sin duda el ejemplo literario más conocido es el de Fuenteovejuna, que busca el restablecimiento de un poder autoritario mediante la participación de todos los ciudadanos.

La ciudad es una creación humana que posee un doble aspecto y una doble naturaleza: por un lado es un objeto de la cultura y, por otro, es un sistema técnico. A ello se agrega, además, que tiene un gobierno propio. Veámoslo más de cerca:

a) *La ciudad es en sí misma un objeto de la cultura y, a la vez, contiene y se vincula con prácticamente todos los objetos culturales*, así como con las instituciones técnicas y políticas. Por eso, desde ese punto de vista, la ciudad tiene prioridad sobre otros bienes culturales, como la lengua, las costumbres, etc., pues la lengua y las costumbres se dan y son contenidas en la ciudad. Además, el lenguaje es una facultad compartida por muchas especies, pero no así el vivir en ciudades, singularidad del ser humano.

Por cultura entendemos un conjunto de saberes y prácticas humanas que se aprenden y transmiten a la mayoría de los miembros de una sociedad, de generación en generación, por el sólo hecho de pertenecer a ella, cualquiera sea el lugar jerárquico y el nivel de instrucción que se tenga. Esto no excluye, de por sí, que uno o varios aspectos de la cultura se transmitan en instituciones especializadas, como las escuelas, siempre y cuando tengan por propósito y además logren entregar ese acervo a la mayoría de los miembros de una sociedad, independientemente de la jerarquía que en ella detenten. En otras palabras, una escuela transmite cultura si a dicha escuela puede acceder cualquier miembro de la sociedad y en la práctica esa posibilidad se realiza. En cambio, entrega un saber especializado (no necesariamente técnico) si sólo está abierta a un grupo social, jerárquico y/o intelectual específico. Desde este punto de vista, el aprendizaje de las normas de cortesía; la incorporación de las emociones básicas en cada individuo; el gusto por el arte o por ciertos platos; y el atravesar las calles forman parte de la cultura tanto como pueda hacerlo el conocimiento de las cuatro operaciones fundamentales de matemáticas, de la lengua materna o el uso de un computador a condición de que su uso se enseñe en una escuela abierta a todos los miembros de una comunidad.

Lo anterior nos permite identificar cinco ámbitos de la cultura: el de las normas (reglas de cortesía, de comportamiento con el otro sexo, etc.); el de las emociones

(amar a los padres, etc.); el de los valores (apreciación, estética o moral, etc.); el comportamiento (atravesar las calles sin ser atropellado); y el de los conocimientos (matemáticas elementales, lengua materna, informática elemental, música en algunos países, etc.). Cuando una persona posee varios de estos ámbitos pero en nivel muy bajo, se dice que es inculto; y cuando una persona no comparte un segmento importante de uno o de varios de ellos pero posee el segmento equivalente aunque dotado de un contenido distinto, aprendido en otra comunidad, se puede decir que no posee la misma cultura que el grupo de referencia y que tiene otra, es decir, que es un extranjero o se comporta como tal.

En estos cinco ámbitos se resuelven los problemas de la cultura, que son todos prácticos, es decir, conciernen el contenido de lo que se desea o no se desea hacer y el modo como se quiere llegar a ello, de acuerdo con todo el conocimiento compartido por los miembros del grupo que toma decisión. Este conocimiento y valores compartidos no se identifica con la democracia, pero sí con el compartir los valores que orientan las decisiones.

La discusión donde todos tienen derecho y posibilidad de participar y donde los ciudadanos tematizan o hacen explícitas sus exigencias y expectativas respecto de terceros, es, según Habermas, el mundo de la cultura y la cultura misma. Resolver si en situación de escasez se distribuye los alimentos con prioridad a los ancianos o a los niños requiere valorar de acuerdo con la cultura. Técnicamente no hay forma de decidir si un niño vale más que un anciano, pues la igualdad entre ambos no es tema de especialistas, sino de una cultura que les otorga valores y donde los ancianos también participan de la generación de los valores que a ellos les conciernen. Ahora bien, la resolución de algunos asuntos morales en la ciudad sería viciosa si no viniese informada antes por los enunciados teóricos pertinentes de carácter técnico.

b) *La ciudad es un sistema técnico*: dependiente, en sus comienzos, de la técnica de producción, transporte y conservación de alimentos, tal vez mucho más que de las técnicas de construcción, la ciudad, invento colectivo y anónimo, no es, sin embargo, sólo un fruto de la técnica, sino fruto de un *sistema* técnico, de un conjunto de técnicas interdependientes y funcionalmente subordinadas unas a otras. La vida en la ciudad sería imposible sin resolver una multitud inimaginable de problemas que van desde el abastecimiento de agua a la técnica de control social para limitar, por ejemplo, la posibilidad de motines que tan fácilmente se podrían producir tomando en cuenta la aglomeración de multitudes.

Como todavía me parece una definición adecuada, voy a citar la definición de técnica que propuse en el libro ya mencionado:

La técnica es aquella parte de la cultura cuyo uso y fabricación requiere aprendizaje especializado, deseo de alcanzar metas y disposición de medios racionales para llegar a ellos. Es posible pensar que durante milenios la técnica se inventó y desarrolló anónimamente por acumulación de costumbres sin un propósito claro. Ahora bien, a partir de un momento dichas técnicas son transmitidas deliberadamente por clases especializadas a otros miembros más jóvenes que, a su vez, se convierten por ello en clases especializadas. Con todo, antes de la constitución de clases técnicamente especializadas ligadas al desempeño exclusivo de oficios, el ser humano hace uso de muchos instrumentos que, por simples que hayan sido, no dejaban de ser técnicos: piedras talladas o pulidas, herramientas de madera (armas, bastones), viviendas (vegetales usados como materiales de construcción), etc.. De hecho, las clases especializadas hubiesen sido inútiles si no se hubiesen apoyado en la generalización del conocimiento de técnicas mucho más simples por parte de estratos más bajos aunque más amplios de la población<sup>4</sup>.

Siguiendo, una vez más, a Habermas, entendemos que los problemas técnicos son de carácter teórico y son resueltos por especialistas cuyo conocimiento no está al alcance del conjunto de la población, ya sea por incapacidad de ésta o porque demandan un conocimiento restringido a un grupo social. Habermas llama *teóricos* a los problemas instrumentales cuya solución no requiere acuerdo para la acción, como es el caso de los problemas culturales, que hemos mencionado anteriormente<sup>5</sup>. Por ejemplo, para construir un puente o para determinar el ancho de una vía, no se requiere discusión, sino cálculo y disposición de medios (enunciado teóricos pertinentes), incluidas personas de alta competencia profesional que contribuyen a cumplir el fin, pero no a constituirlo como tal. Para asegurar el aprovisionamiento de la ciudad, tampoco se requiere discusión, sino el uso de enunciado teóricos pertinentes (consumo per capita, etc.). Los enunciados teóricos son elaborados y validados entre especialistas y para participar en su generación se requiere haber dado pruebas de competencia. Si esa competencia existe y el trabajo ha sido bien hecho, se puede prever que la decisión será bien tomada y que los aspectos técnicos de la ciudad serán resueltos.

Ahora bien, otra cosa muy distinta es decidir si el aprovisionamiento debe o ser asegurado, o, dada una situación de escasez, dónde se colocarán las prioridades de abastecimiento. Esto no es un problema técnico, pues los especialistas no tienen instrumentos para decidir sobre ello, sino lo que Habermas denomina un problema práctico. Los problemas prácticos se resuelven, no por competencia, sino de acuerdo a los valores en una discusión donde todos los ciudadanos tienen derecho a participar. Esto último requiere la validación comunicativa de opciones, validación que se da por asentimiento de ciudadanos con igualdad de derechos para decidir y no por concurso de competencias entre especialistas.

Cabe destacar que el conocimiento técnico reposa sobre una base constituida por uno o varios de los cinco segmentos culturales anteriormente enunciados, pues se volvería ininteligible si no se apoyara en al menos uno de ellos. Hecho aparte, pero fundamental, es que tal vez el aprendizaje de algunas técnicas exija, además, modificar algunos aspectos del segmento cultural de los valores, pues la técnica no es neutra valóricamente, como bien han explicado Marcuse y Habermas (aunque ambos desde perspectivas distintas)<sup>6</sup>.

La ciudad realiza funciones técnicas mediante acciones racionales tendientes a un fin y mediante acciones estratégicas. Las acciones racionales se orientan por reglas técnicas y orientan los medios según criterios de un control eficiente de la realidad. En cambio, la acción estratégica depende de la valoración correcta de las alternativas de comportamiento posible, deducción que sólo puede tenerse mediante el auxilio de valores y máximas<sup>7</sup>. Ni las acciones racionales ni las estratégicas requieren acuerdo, sino tan sólo disponer de las competencias y condiciones necesarias para que puedan ser ejercidas. Las acciones racionales no apuntan a crear valores culturales, no tienen lugar por medio de la discusión ni tampoco deberían tenerlo por medio de ella, pues sólo se les exige cumplir su función. Las acciones instrumentales (que son un tipo de acción racional), además, apuntan a obtener comportamientos, no de la naturaleza, sino de las personas, para lo cual es necesario hacer uso de enunciados teóricos pertinentes sobre los valores de la cultura de dichas personas cuyas acciones se busca prever o modificar. Ahora bien, estos enunciados teóricos no son validados ni accesibles al conjunto de la población, sino a un grupo de especialistas; por ello mismo son parte de la técnica y no de la cultura.

c) *La ciudad posee un gobierno propio*. A partir de cierto momento de la historia, la institución ciudad, al menos

en occidente, se dota de un gobierno específicamente urbano, distinto del gobierno estatal y la mayoría de las veces subordinado a éste, pero en algunas ocasiones opuesto. Se trata de una función específica, distinta de la función política estatal, concordante u opuesta a ella, según los casos, pero situada, casi siempre, en el marco jurídico que proporciona el Estado. Una historia de las ciudades debiera proveer la información necesaria sobre cómo y cuándo la ciudad adquiere un autogobierno específico, aunque es de suponer que es un hecho bastante reciente, probablemente ligado a la autonomía que adquirieron algunas ciudades respecto del poder feudal. Esta autonomía supuso la existencia de cierta cultura (la cultura de las villas); ciertos derechos políticos; y una capacidad técnica muy superior a la feudal (comercio generalizado, manufactura, uso de energía hidromecánica, etc.). Para ello la ciudad debió resolver asuntos prácticos y teóricos, es decir, culturales y técnicos, según la definición que hemos dado a estos conceptos líneas atrás. Ello permitió que la ciudad ejecutara técnicamente las decisiones de autogobierno y que se produjeran los rendimientos indispensables para mantener su estabilidad o realizar acciones sin perderla. Cabe destacar que el autogobierno que es típico de lo que hoy se entiende por ciudad abarca los aspectos urbanos (reglas de construcción, trazados de calles) y los aspectos políticos (derechos y deberes de quienes pisan ese territorio).

La relación entre técnica y cultura en el gobierno de la ciudad ha sido materia de polémica. Platón entendía que el gobierno de la polis -que él no distinguía del gobierno Estatal- debía quedar en manos de especialistas, de filósofos que adquirirían ese derecho por conocer las ideas, es decir, por conocer los modelos teóricos sobre las cosas y sobre la ciudad. Por ello, Platón identifica el buen gobierno con el seguir modelos ideales cuyo conocimiento se alcanza gracias al saber especializado. Identificando saber y ejercicio legítimo del poder, anula el aspecto cultural -en los cinco planos ya enunciados- de la toma de decisiones. Algo similar sucedería si un gobierno de la ciudad quisiera orientarse sólo por argumentos técnicos.

Nuestra postura es distinta. Al sostener que el gobierno de la ciudad posee un aspecto técnico, no decimos que las decisiones se deban tomar exclusivamente siguiendo enunciados teóricos sólo alcance de especialistas, sino que el ejercicio del gobierno óptimo puede y debe llevarse a cabo orientado por la cultura y sus valores, desde los cuales *apreciar* la situación y *proponer* los objetivos. En el gobierno -ideal- de la ciudad se produce

la unión de la cultura y la técnica, pues la ejecución de las decisiones conforme a los valores de la cultura suele requerir el uso de enunciados teóricos hechos por especialistas; se ha decidido construir un puente, el paso siguiente es el cálculo de la resistencia de materiales, etc.. Los criterios que definen el contenido de lo pertinente en los enunciados teóricos no provienen de sí mismos. Un enunciado teórico jamás decidirá ni podrá decidir qué es pertinente para el gobierno urbano, pues el tema de lo pertinente queda fuera de su jurisdicción, que es teórica. Lo práctico es, justamente, la decisión sobre qué se quiere y cómo, decisión que es fuente del criterio de lo pertinente y de qué consideraciones teóricas deben o no deber ser incorporadas para el buen gobierno del sistema ciudad. En tanto institución cultural en la que se producen acuerdos, la ciudad se desarrolla en el ámbito de lo que Habermas denomina "mundo de la vida", concepto que se refiere a las estructuras normativas de una sociedad, es decir, valores e instituciones. En cuanto sistema técnico que realiza funciones indispensables para la vida, la ciudad puede ser entendida como un mecanismo de autogobierno<sup>8</sup>. No hay contradicción entre la cultura y la técnica a la hora de gobernar la ciudad y sus cambios. Ahora bien, que no haya contradicción no significa que, de hecho, la relación entre ambos aspectos no sea inestable y muchas veces desequilibrada, de forma que el gobierno de la ciudad adquiere caracteres complejos y, en ocasiones, tal vez mayoritarias, lejanas a la teoría clásica de la democracia sin que por ello debamos entender que el gobierno de la ciudad es autoritario.

## *2. Gobierno y dinámica de la ciudad*

La ciudad evoluciona. Incluso cuando busca permanecer inmóvil, necesita mantener una acción, un movimiento que contrarreste la inestabilidad de las instituciones de la ciudad. Jean-Paul Sartre ha mostrado el hecho de que la inmovilidad es fruto del movimiento<sup>9</sup>. Conviene recalcar que al hablar de "movimiento" no nos referimos sólo al cambio físico, a aquello que se denomina diseño urbano ni tampoco a la arquitectura de los edificios. Lo tomamos en cuenta, por cierto, pero al hablar de movimiento de la ciudad nos referimos también al cambio moral, a aquel que se produce en las decisiones que los seres humanos toman en la ciudad y que repercute en lo que cada uno es. Ahora bien, lo que cada uno es también es fruto del diseño espacial donde vive, de forma que una intervención en el espacio tiene repercusiones mora-

les<sup>10</sup>. Es decir, la ciudad evoluciona moralmente cuando toma decisiones en materias culturales y políticas, pero también cuando modifica sus características físicas.

Los cambios que se producen en la ciudad pueden ser clasificados según provengan de iniciativas que se dan en el mundo de la cultura o bien en el sistema técnico. Los cambios que se originan en el campo de la cultura pueden ser de dos tipos: a) cambios por modificación infinitesimal llevada a cabo, sin acuerdo, por multitud de individuos que actúan de modo similar; y b) cambios por acuerdos a los que se llega en las instituciones culturales, ya sea en el diálogo espontáneo o en el organizado política y socialmente.

Los cambios que se originan en el plano del sistema técnico también pueden ser de dos tipos: c) cambios orientados según enunciados teóricos pertinentes; y d) cambios que no consideran dichos enunciados (por descuido o por no estar disponibles). Veámoslo más de cerca:

### *1. Cambios en el plano de la cultura*

a) Cambios infinitesimales por iniciativas individuales no concordadas.

Se producen por acumulación impersonal de alteraciones aisladas e insignificantes en superficies mínimas del suelo o por pequeñas modificaciones de su uso o del valor que asignan los ciudadanos a dicho espacio, acumulaciones que, multiplicadas o siguiendo una sinergia inconsciente, producen efectos gigantes, de consecuencias globales y sólo medibles a largo plazo. Salvo excepciones muy escasas, las ordenanzas y planos reguladores de las ciudades donde vive la mayoría de la población mundial suelen legalizar lo que ya se ha producido por multiplicación inconexa, aunque muchas veces similar, de hechos mínimos. Muchas veces las intervenciones deliberadas en la ciudad, ya sea en uno de sus barrios, en el plan regulador o en infraestructura, apuntan a responder a fenómenos de pánico urbano y buscan evitar la catástrofe producida por acumulación de modificaciones mínimas, ya sean orientadas por el mercado o por usos que los individuos dan a los espacios.

b) Cambios por decisión cultural institucional.

Junto a la acumulación de modificaciones mínimas, la ciudad evoluciona por acuerdos en los que se crea valores. Estos acuerdos tienen lugar mediante procesos comunicativos relativos a un objetivo y a los medios para llegar a él. Dichos procesos pueden o no estar

institucionalizados, es decir, se dan en lugares permanentes y consolidados de debate y generación de valores o, por el contrario, en un ambiente informal e inestable, como puedan ser con las grandes ocupaciones de terrenos por quienes no tienen casa ni medios. Se suele prestar más atención a los cambios culturales originados en instituciones que a los informales. Los primeros no siempre son más rápidos, pero sí más visibles por involucrar intereses claros relativos a las formas de vida y de uso del suelo, incluyendo también los intereses financieros propios del mercado. Los acuerdos culturales (formales o informales) son prácticos en dos sentidos: el primero, porque redefinen el sentido de la institución urbana; y el segundo porque requieren el asentimiento, que no se puede obtener sin un proceso de discusión, la que nunca es teórica, pues versa sobre obligaciones cuya validez depende justamente del acuerdo mutuo. Estos acuerdos tienen mayor alcance práctico cuando los enunciados teóricos puestos en el tapete durante la discusión describen pertinentemente los hechos sobre los que se discute y se va a decidir. En la cultura se producen los valores y criterios que permiten medir la funcionalidad del sistema-urbe, pues la funcionalidad no es abstracta, sino de acuerdo a valores.

Ahora bien, no es poco frecuente que los técnicos que gobiernan el sistema-urbe intervengan o parasiten el debate que se da comunicacionalmente en el plano de la cultura bajo el pretexto de que las exigencias valóricas y de normas relativas a la ciudad surgidas en el mundo de la cultura no son ni técnicas ni funcionales. Usamos parasitar en el sentido que tiene esta palabra en teoría de la información, es decir, cuando una señal es alterada por otra aun sin intención de hacerlo. En esto, la técnica urbana siempre tiene razón, pero es una verdad de Perogrullo: la constitución de valores urbanos nunca ha sido ni tiene por qué ser técnica o funcional. La funcionalidad no es una preocupación de la cultura excepto en las culturas racionalizadas que se caracterizan, justamente, por la invasión del conjunto de la cultura por parte de la técnica, sustituyendo las cuestiones relativas a las opciones de valor por otras relativas a los medios. Esto, por cierto, puede llevar a situaciones deseadas de subfuncionalidad, como sucede con el automóvil, instrumento extraordinariamente ineficiente, pero hipervalorada por la cultura. Ahora bien, la funcionalidad es sólo uno de los dos aspectos que inciden en la dinámica de la ciudad, siendo el otro la cultura.

## 2. Cambios en el plano de la técnica y del sistema técnico

a) Cambios por decisiones orientadas por enunciados teóricos pertinentes.

Se trata de los cambios decididos por el gobierno a sugerencia de equipos técnicos que hacen uso de los enunciados teóricos relativos al objeto sobre el cual van a intervenir con el fin de mejorar el rendimiento de las funciones de la ciudad, pero sin incorporar los anhelos desarrollados en la cultura, ni nuevos valores ni cuestionar aquellos por los que dicho gobierno se orienta. Estos cambios fortalecen la estabilidad del sistema-ciudad, pero no son de carácter práctico, pues el gobierno se vuelve un ejecutor de sugerencias técnicas, dejando de la lado los intereses de la cultura. Los enunciados teóricos usados en las decisiones técnicas no siempre consideran la voluntad y valores de los ciudadanos que serán afectados, ni tampoco suelen considerar alternativas que, por osadas o críticas con la situación vigente, puedan poner en peligro la estabilidad del sistema ciudad. De hecho, la mayoría de las veces una mejora de fondo sólo puede provenir de un cambio que, en un primer momento, no significa estabilidad ni ejecución fácil de la función de gobierno del sistema-ciudad, sino más bien el paso por un período de inestabilidad y disfuncionalidad.

La función de gobierno no se suele interesar en los aspectos culturales que puedan poner en cuestión a dicho gobierno, aunque sea para mejorar el sistema. Todo gobierno es refractario al desorden y, necesariamente, considera desorden una cultura que genera valores distintos de aquellos con los cuales se orienta. El anhelo de estabilidad, de autoperpetuación y de aumento de poder son parte inseparable del sistema de gobierno, ya sea urbano o de otro tipo; el poder anhela el poder<sup>11</sup>. No es que es que el gobierno del sistema-urbe carezca de va-

lores culturales o no se apoye en ellos, es que no percibe el aspecto valórico, cultural y arbitrario de los criterios para medir la funcionalidad de su acción.

Que los cambios que se realizan siguiendo sólo enunciados teóricos pertinentes no sigan valores culturales (ya se originen éstos por acuerdo comunicacional o por modificaciones ínfimas acumuladas) no significa que carezcan de toda relación con éstos. El hecho de que un gobierno quiera orientarse sólo por enunciados teóricos, es ya una opción valórica que excluye otras fuentes de orientación, como son las que provienen de acuerdos comunicacionales. Al modificarse estos, por mucho que técnicamente los resultados funcionales fuesen los mismos, serían considerados de otro modo, ya como insuficientes, suficientes o bien irrelevantes.

b) Cambios por decisiones orientadas sin seguir enunciados teóricos pertinentes ni normas consensuadas.

Es posible que los enunciados pertinentes no están disponibles o que no sean considerados por las autoridades del sistema técnico o las del gobierno, ya sea por descuido, corrupción, incapacidad de los gobernantes o de los técnicos. El resultado de no considerar los enunciados teóricos pertinentes es una baja de la funcionalidad de la ciudad y de los rendimientos financieros, energéticos, laborales, del uso del tiempo, etc. El conjunto, sobre todo si se combina con cambios ínfimos no concordados y acumulados en el uso del espacio (caso "a" de nuestra clasificación), produce una urbe que es percibida como hostil e invivible, incrementando los niveles de descontento, agobio y angustia, además de incrementar la tendencia a emprender iniciativas ínfimas sin acuerdo entre ellas.

Del entrecruzamiento de cultura y técnica en la evolución de la ciudad resultan distintas situaciones culturales y distintos niveles de funcionalidad. La incidencia de la cultura y de la técnica en la dinámica urbana puede ser representada por el siguiente esquema:

Dinámica de la ciudad	
Plano cultural	Plano de la técnica
a) Por modificaciones ínfimas acumuladas, sin consenso	Enunciados teóricos inexistentes o no tomados en cuenta
b) Por normas consensuadas	Tomando en cuenta enunciados teóricos pertinentes
c) Por normas consensuadas	Enunciados teóricos inexistentes o no tomados en cuenta
d) Por intervención de la autoridad, sin tomar en cuenta consenso comunicativo	Tomando en cuenta enunciados teóricos pertinentes

Puede verse que el mejor resultado cultural y técnico se da por la combinación de normas consensuadas y uso de enunciados teóricos pertinentes<sup>12</sup>.

De los cuatro tipos de movimiento urbano: por modificaciones ínfimas acumuladas, sin consenso; por modificaciones ínfimas acumuladas, sin consenso; por normas consensuadas; y, por intervención de la autoridad siguiendo un consejo técnico (sin tomar en cuenta consenso comunicativo), suelen ser motivo de preocupación de la filosofía política sólo los tres últimos. De estos tres, es de notar que la filosofía ha centrado más su atención en el gobierno de la ciudad regido por normas consensuadas surgidas desde la cultura que toma en cuenta enunciados teóricos pertinentes, situación más bien anómala a escala de la humanidad. Por ello la filosofía Habermas, por ejemplo, proporciona un modelo de análisis de la relación entre cultura y técnica para cierto tipo de Estados y ciudadanos: los de las grandes ciudades del primer mundo y, dentro de ellas, quizás tan sólo algunos barrios. Habermas analiza la intervención instrumental él confronta con acuerdos comunicacionales a nivel de la cultura. Ahora bien, deja de lado las acciones mínimas, entre las que no hay acuerdo, que corresponden al caso *a* del esquema anteriormente citado; y las acciones consensuadas que no toman en cuenta enunciados teóricos pertinentes, caso *c*.

A diferencia de lo que sucede en el tipo de comunidad que sirve de trasfondo para la reflexión de los filósofos mencionados, quizás la mayoría de la población del mundo se encuentre en una situación distinta. En otras palabras, la mayoría de la población se encuentra con la intervención masiva por iniciativa de gobiernos que siguen los consejos técnicos propuestos por empresas; y/o se encuentra en la situación de asignar anónima y espontáneamente, pero sin consenso, usos y valores al espacio urbano; y/o están en la situación de llegar a consensos, pero sin considerar los enunciados técnicos pertinentes. Muchas veces, grandes grupos de personas ocupan terrenos baldíos y se instalan a vivir y/o trabajar allí, dando lugar a sectores especializados tanto social como laboralmente. Así se constituyen especialmente los barrios más pobres y mayoritarios de las ciudades del mundo<sup>13</sup>. En las ciudades de los países pobres, las regulaciones, cuando existen, sólo son aplicadas en áreas consolidadas, normalmente cercanas a la zona céntrica o a los suburbios donde vive la población más pudiente. En el resto del espacio urbano no hay medios ni, comúnmente, voluntad para controlar la aplicación de las normas. Por ello su destino está mucho más determinado por costumbres reiteradas y anónimas de uso del suelo que por normas, las que la mayoría de las veces sólo vienen, tardíamente, a confirmar legalmente lo que ya existe. Con todo, desde fines del

siglo XX, la capacidad de modificar el espacio por acciones ínfimas ha sido superada por la capacidad de intervención de algunas grandes empresas privadas, que imponen cambios físicos en la ciudad de tal magnitud que modifican el tipo de vida de los ciudadanos, generando consecuencias políticas por hechos que de naturaleza técnica.

Tanto la intervención por parte de grandes empresas y las modificaciones mínimas no consensuadas dan lugar a una dinámica y a un poder que cumple funciones análogas a las del gobierno, sólo que ni lo son ni son fruto de un acuerdo en el nivel de la cultura. Si consideramos la mayoría de las grandes urbes del mundo y tomamos en cuenta dónde vive la mayoría de la población, nos encontramos con que, tal vez, la filosofía política se centra en una situación más bien marginal en relación con el mundo político y urbano del mundo. Una filosofía política que deje de lado un objeto de estudio tan basto se priva de la universalidad que pretende la filosofía e identifica invalidamente la ciudad con la ciudad de la que disfruta una pequeña parte de la humanidad. Abordar la evolución de la ciudad donde viven las mayorías exige estructuras de sentido para fenómenos no racionales, en los cuales no media acuerdo, generados por masas impersonales de individuos, pero que llevan a la creación de normas tan sólidas o más que las surgidas de la tematización racional. El poder de cambio que se genera por modificaciones mínimas no siempre hace caso del poder estatal ni tampoco suele hacerle caso al poder oficial de la ciudad, me refiero al gobierno municipal. Eso, sin embargo, no disminuye su capacidad para generar resultados, de forma que en la ciudad contemporánea se suele producir un fenómeno político de no-gobierno que afecta quizás a la mayoría de la población del mundo y que, sin embargo, ha sido poco considerado por la filosofía política. Este poder tiene, como características principales, el ser anónimo, el no constituirse como sujeto de acción (carece de voluntad e identidad) y el actuar por modificaciones mínimas, no consensuadas y ajenas a criterio técnico. Ello da lugar a un tipo de evolución que, desde el punto de vista político, desde el punto de vista urbano y desde el punto de vista sistémico suele ser descrito como caótico y que quizás, por ello mismo, suele ser abandonado como tema de estudio académico, que suele preferir regularidades y leyes más evidentes. ¿Pero qué sucede si la filosofía política abandona cierto conformismo y aborda esta nueva forma de evolución de la ciudad, evolución que concierne a la mayoría de la población del mundo?

### *3. Lingüística de la ciudad: urbanemas*

Habermas propone un modelo de comunicación racional para analizar la evolución cultural y las acciones racionales, propuesta coherente si se considera que se trata de una evolución y un tipo de acción dotados de sujeto y de acuerdo, ya se sitúe en un plano cultural o bien en el plano técnico o del gobierno. Ahora bien, ese modelo difícilmente puede aplicarse a una evolución urbana por modificaciones mínimas, pero se puede rescatar de él el intento de dar coherencia a otro tipo de modificaciones y el hecho de introducir un modelo donde el lenguaje juega un papel fundamental. Si miramos un poco más atrás en la historia del pensamiento, nos encontramos con que Saussure también se había confrontado al tema de la evolución de un aspecto de la cultura, la lengua, que también tiene el carácter de ser impersonal tanto en la constitución de su estructura como de su movimiento. Uno de sus puntos de partida es que la evolución de las lenguas no es caótica, aun cuando pueda parecerlo, de forma que logra descubrir una legalidad en un cambio que es impersonal, producido por multitud de modificaciones ínfimas y no concordadas, sin intervención de un gobierno ni de acciones racionales de carácter técnico<sup>14</sup>. Saussure conduce su reflexión analizando la mutabilidad e inmutabilidad de los signos y sostiene que el significante y la idea por él representada mantienen un vínculo arbitrario, que nada obliga a que uno vaya asociado al otro. Ahora bien, la comunidad que hace uso de dicho significante no experimenta libertad alguna respecto de su uso, es decir, el hablante no puede sustituir el significado asociado a un significante cualquiera. Por extraño que pueda parecer, -siempre según Saussure- el hablante no tiene capacidad para modificar ese lazo, justamente porque es arbitrario y ningún acto intencionado con la finalidad de cambiarlo lograría cumplir su meta. La arbitrariedad del vínculo entre significado y significante produce un doble efecto: por un lado, abre un campo ilimitado para que ese vínculo se modifique; y por otro, priva al hablante de todo medio que garantice resultados a la intervención que quisiera hacer para modificar el vínculo. La arbitrariedad del vínculo entre significado y significante abre un campo infinito de libertad en el cual, sin embargo, el hablante queda despojado de los medios que vinculan una acción con su resultado. Saussure lo dice en estos términos: "la lengua, de todas las instituciones sociales, es aquella que ofrece el menor espacio para la toma de iniciativas. Hace cuerpo con la vida de las masas sociales"<sup>15</sup>. Por otra parte, al no

existir vínculo entre las iniciativas individuales de los usuarios y el significado, el signo es absolutamente mutable y siempre puede cambiar.

La situación anteriormente descrita, en la que hemos seguido a Saussure, es muy parecida a la que experimentan los ciudadanos de las ciudades donde no hay posibilidad de acuerdo sobre los valores y donde cada cual actúa según su propia iniciativa. Ninguno de ellos puede modificar el tipo o el significado de las acciones que tienen lugar en la ciudad, del mismo modo que no puede modificar los signos lingüísticos. De ahí la "rigidez" o inmutabilidad de ciertos hechos y procesos urbanos, por ejemplo de degradación de barrios, donde todos realizan la acción de vender su propiedad o bien todos realizan una transformación que daña los intereses del vecino, pero no por ello deja de realizarla, incluso aunque vaya en contra de las leyes locales establecidas por el sistema-ciudad. Pero al mismo tiempo, de allí también la mutabilidad de la ciudad, que en algunas ocasiones se modifica a velocidades sorprendentes sin que nadie pueda impedirlo, ni siquiera las autoridades. Por ello resulta legítimo analizar desde un punto de vista lingüístico-estructural la evolución de la ciudad que se modifica por intervenciones mínimas no concordadas.

La utilización del paradigma lingüístico de Saussure debería permitir el establecimiento de regularidades en la evolución de la ciudad actual sin reponer algunos conceptos propios de la filosofía política clásica, que requiere un sujeto político y que eran adecuados para la comprensión de otro tipo de ciudad. Multitud de decisiones legítimas tomadas por los ciudadanos en lo relativo al destino de la ciudad no dependen de la lógica de las acciones técnico-estratégicas destinadas a mantener la estabilidad del sistema urbano o a aumentar su capacidad de autogobierno, ni tampoco de tematización de expectativas recíprocas que se den en la cultura, ni a decisiones de un gobierno eficaz, todo lo cual no detiene la evolución de la ciudad ni en sus aspectos políticos ni en sus aspectos físicos. Esto es exactamente lo que sucede en la lengua. La evolución de las lenguas no depende de una decisión consensuada por parte de sus usuarios ni tampoco es resultado de acciones estratégicas por parte de autoridades idiomáticas. La mayoría de las veces las autoridades idiomáticas, cuando existen, sistematizan y transforman en regla lo que ya es práctica por parte de los usuarios lingüísticos. En sectores importantes de ciudades de países ricos y en la mayoría de las ciudades de los países pobres el sistema técnico y el sistema de gobierno no logran tomar iniciativas, sino que más bien tratan de contener o, por el contrario,

de legitimizar y hacer negocios, a partir de modificaciones mínimas no consensuadas ya existentes.

Un modelo de comprensión lingüística de fenómenos ciudadanos debe permitir la exploración de la posibilidad de que las modificaciones ínfimas realizadas sin acuerdo constituyan un sistema, sin por ello constituir acciones sistémicas en el sentido propuestos por la teoría de sistemas; que dichas acciones, aparentemente caóticas puedan ser entendidas como una estructura con sentido, donde cada de las acciones adquiere significado y está motivada por el conjunto de las realizadas por terceros (sin por ello requerir la existencia de un sujeto ni una racionalidad de las decisiones); y por último debe permitir la comprensión de un campo que escapa tanto a la decisión racional como a las consensos valóricos y políticos en los que se centra la filosofía política tradicional.

Es más, un modelo lingüístico-estructural de inmutabilidad y mutabilidad urbana permite comprender el desgobierno urbano y, quizás, otras formas de desgobierno. La filosofía política suele poner el acento en los aspectos relativos al Estado y al poder entendidos como fuerza organizadora, pero desatiende o relega a la categoría de caos fenómenos quizás más relevantes, comunes y mayoritarios, como los de desgobierno. ¿Por qué centrar la filosofía en el gobierno y no en el desgobierno? Desgobierno no es lo mismo que caos; si la situación más general en materia política es la de desgobierno, una filosofía política que no lo tome en cuenta yerra su objeto. El desgobierno puede tener una legalidad propia que no se deduce de la soberanía popular, pero sí de la soberanía individual que lleva a cada individuo a sentirse dueño de sí y juez de los medios para conservarse<sup>16</sup>. Que el resultado de esta soberanía individual se anule al ser practicada sin acuerdo por millones de personas no impide que el desgobierno pueda ser fruto de la creciente soberanía de principio y quizás solo de principio de la que goza el individuo en nuestra época. “De principio”, porque tanto el fenómeno de desgobierno que acabamos de describir y los fenómenos de intervención técnica en la ciudad sin buscar acuerdo con el plano de la cultura, muestran que la cultura individualista es un valor al que se opone una práctica que tiende a anularla<sup>17</sup>. En la ciudad, el autogobierno del individuo que sólo se preocupa de sí y de su familia puede llevar a una situación de desgobierno regido por una legalidad que tal vez sea accesible mediante una lingüística del comportamiento urbano.

Nadie diría que la lengua es caótica por el hecho de que en ella no haya gobierno ni por el hecho de que sus

modificaciones no sean fruto de un acuerdo racional del tipo de los propuestos por Habermas. Nadie diría tampoco que en ella existe algún tipo de soberanía. Por tener una evolución impersonal, no se puede aplicar a ella una idea evolutiva centrada en un sujeto, individual o colectivo, dotado de voluntad, lo que no impide, sin embargo, que esté dotada de sentido. No toda evolución cultural carente de sujeto o de voluntad equivale al sinsentido o al caos. Es más, el intento de Saussure apuntaba justamente a mostrar que, aun careciendo de gobierno, interno, externo o de cualquier otro tipo, de la lengua y de sus modificaciones se puede deducir leyes, las que justamente son el objeto de la lingüística, que consiste en “desprender las leyes generales a las cuales se pueda remitir todos los fenómenos particulares de la historia”<sup>18</sup>. El estudio de las acciones urbanas aparentemente caóticas debe buscar encadenamientos que vinculen la estática y la dinámica de la ciudad.

Un modelo de carácter estructural desarrollado con motivo de los cambios ínfimos reiterados en la ciudad debe, en primer lugar, identificar las unidades de modificación y el resultado de ellas; en segundo, establecer la legalidad de las acciones ínfimas anónimas; y en tercero, vincular el resultado de un grupo de modificaciones con el nacimiento de una etapa posterior de la ciudad (que a su vez puede ser motivo de modificaciones). Ello podría permitir prever los cambios, de suerte que, si se establece que existe una acción *X* reiterada e ínfima, se producirá necesariamente un cambio cuyo sentido será *Y*, distinto del de cada acción aislada, pero vinculado inexorablemente con el conjunto de ellas. De manera semejante, los lingüistas pueden establecer que en la evolución de una lengua a otra, la introducción de una vocal determinada lleva a que, en la nueva lengua, surja sistemática un fonema determinado. En la ciudad puede ser posible encontrar los “urbanemas” que desempeñen el papel de unidades de significación mínima en los cambios urbanos anónimos. El significado de éstos no lo proveerá el razonamiento de quienes realizan los cambios ni lo que un individuo dice conscientemente sobre la acción que realiza, pues el significado de la estructura sobrepasa a quien hace uso de ella y sólo es posible deducirlo cuando se posee una visión de conjunto, del mismo modo que el significado y destino de la modificación ínfima que realiza un usuario de la lengua sólo puede ser conocido cuando se tiene una visión de conjunto de ella. Que los usuarios de la lengua o los agentes de la ciudad no sean conscientes del sentido global de sus acciones no elimina el que ellas tengan un sentido. Que los ciudadanos puedan darse cuenta de que dos hechos

urbanos tienen sentidos opuestos no necesariamente significa que tengan acceso al sentido que esas diferencias tienen en el conjunto de la ciudad. El sentido de los actos ínfimos urbanos se puede destacar con nitidez e independencia de lo que cada uno de sus ejecutantes piense o desee al realizarlo. Ello provee un significado objetivo a las acciones a las que cada cual atribuye un valor con independencia de las tendencias y del movimiento general de la ciudad y sin necesidad de reintroducir la racionalidad y la voluntad que exigía Habermas en su modelo ideal de comunicación política. En esta tarea, una lingüística impersonal puede ser complementada por una pragmática que explique las condiciones o contextos en que ciertos hechos adquieren valor o significado. En nuestro caso, se trata de un contexto que va más allá del individuo y del entorno inmediato de la modificación aislada introducida en la ciudad. En materia de análisis de relato, Propp considera que el análisis formal preliminar es condición del análisis histórico y del crítico-literario que puede realizarse después. Del mismo modo, el movimiento urbano de carácter impersonal sería difícilmente comprensible sin un marco teórico previo. De hecho, es imposible comprender la estática y la dinámica urbana sin vincularlas, pero para eso es necesario identificar unidades que se modifican y decidir qué criterio se seguirá para estudiar su paso de una etapa a otra. Una vez más, en esta situación la pragmática de la lengua puede ser de gran utilidad. Con todo, no hay ni podría haber criterio para identificar, reunir o discriminar los datos relativos a las acciones ínfimas y al sentido que pueda deducirse de ellas si se carece de la teoría previa. Por eso el análisis formal de las estructuras de acción urbana es paso previo para el análisis de la acción empírica: la filosofía de la ciudad es paso previo de la sociología o de la historia urbana, lo que no impediría que se fundara una filosofía que no considere lo que esas ciencias empíricas dicen de lo que es una ciudad de hoy, tan distinta de la clásica. La ciudad entera puede ser entendida como un relato, anónimo, donde cada una de las partes posee una función cuyo sentido el agente ignora, pero que es el punto de partida de la acción de los demás y cuyo análisis de conjunto permite deducir una ley. Sólo un marco teórico que pueda dar cuenta del conjunto podría comprender la fisonomía de conjunto de la ciudad y del desgobierno y, gracias a ello, discriminar los datos pertinentes para el análisis. Se plantea aquí un círculo hermenéutico que obliga a comprender las partes a partir del todo y el todo desde las partes<sup>19</sup>.

El significado objetivo de la acción urbana puede ser entendido como una función, exactamente como la entiende el lingüista Propp cuando polemiza con Lévi-Strauss sobre la noción de estructura aplicada a algunos cuentos rusos: "Por función se entiende la acción del personaje determinada desde el punto de vista de su significado para la marcha de la narración"<sup>20</sup>. El término de función está vinculado en Propp al de acción, pero no a la acción "material", sino al significado de ella. Podría establecerse una analogía con el movimiento urbano y comprender la función de las acciones necesarias para la vida en la ciudad de acuerdo a un significado que da sentido a ese movimiento con independencia del sentido que atribuyen los autores de las acciones mínimas. Un modelo de carácter lingüístico-estructural puede establecer dicho sentido sin necesidad de postular la existencia de un inconsciente individual o colectivo en la ciudad, pero sin acudir tampoco, como ya hemos planteado, a la exigencia de racionalidad y de voluntad. El desgobierno impersonal de la ciudad en que vive quizás la mayoría de la población del mundo no se identifica ni con el caos ni con la ausencia de sentido, pero no exige racionalidad para eliminar el caos ni tampoco consciencia o voluntad para alcanzar una lógica estructura que va más allá de los individuos que actúan ínfimamente en la ciudad. En el movimiento urbano debido a iniciativas individuales ínfimas, quienes toman las iniciativas sólo pueden prever el resultado de sus acciones por un período casi inmediato y en un área próxima. La confluencia de esa acción junto con miles de otras, por imitación, rechazo o indiferencia con la que fue llevada a cabo inicialmente, tiene consecuencia impredecibles, aunque coherentes, del mismo modo que en una lengua las modificaciones son impredecibles, aunque coherentes, y es posible establecer, a posteriori, una ley de dicha evolución. Esta ley consiste en secuencias ordenadas y necesarias que componen un sistema, cuyo contenido es una estructura o, como dice Lévi-Strauss, "una organización lógica concebida como propiedad de lo real"<sup>21</sup> y que no es distinta de lo real. En una situación de desgobierno es difícil o quizás imposible establecer el punto de partida o la secuencia racional de las acciones, pues no siguen el criterio de las acciones racionales con respecto de fines ni tampoco las del acuerdo racional de expectativas. Con todo, la ausencia de secuencia lógica no impide establecer una estática coherente, que sitúe cada elemento en un lugar que cuyo sentido está dado por el todo para cada instante considerado. Desde el punto de vista metodológico, un sistema lingüístico que deduzca el sentido de las acciones urbanas

mínimas -urbanemas- debiera buscar los elementos comunes a acciones cuyo sentido aparente y explícito es distinto. Sin duda el ejemplo más elemental es el del automóvil, del que se hace uso para aumentar la rapidez, comodidad y seguridad de los desplazamientos, pero que urbanamente tiene consecuencias y significados por completo distintos al de los valores con que los compra el usuario y de los que no es consciente<sup>22</sup>. Es muy probable que a la opción de usar el automóvil se asocien otras acciones y significados que, sin embargo, de modo explícito no parecen tener vínculo, como insinúa Barthes al analizar un modelo de Citroën<sup>23</sup>. Ello no es extraño, pues el vínculo que establece la coherencia tanto entre las distintas acciones ínfimas llevadas a cabo durante una sola etapa como el vínculo con la situación siguiente, no se da ni podría darse en el plano de la consciencia individual, que queda completamente superada por la amplitud del efecto multiplicador que se produce. Cada vecino ignora qué efecto tendrá su acción mínima en aquel que la observa al pasar enfrente y que la imita o toma de contramodelo en un lugar muy alejado. Esta inconsciencia del sentido que las acciones toman a nivel urbano no sólo no impide que contribuyan a transformar la ciudad, sino que en algunos casos son la principal vía de transformación, en especial en aquellas donde el sistema técnico es débil y donde no se realizan acuerdos culturales. Inconsciencia para los agentes, no para el análisis que puede establecer leyes y agrupar acciones aparentemente distintas para quienes las ejecutan, pero que urbanamente tienen el mismo significado. En otras palabras, debiera ser posible establecer urbanemas o unidades que los agentes individuales interpretan como distintos por el hecho de que su apariencia lo es, pero que, sometidos a un análisis estructural, expresan el mismo significado. El significado del urbanema lo da su inserción funcional en el conjunto de la ciudad y no el que le atribuye en agente que actúa ignorando lo que sucede en el entorno o las consecuencias de sus actos. El análisis de los urbanemas no es análisis de hechos, sino de funciones de significación. La función de significación de algunos actos urbanos puede tener que ver más con un *representar* que con los hechos que se quiere alcanzar o que se ejecuta. La agrupación de urbanemas de acuerdo a su significado nada tiene que ver con una función de gobierno, pues el establecimiento de regularidades de significación en la dinámica urbana anónima no significa una dinámica de hechos. Las acciones urbanas mínimas son llevadas a efecto porque distintos individuos lo deciden así, pero su significado global es distinto del que tiene para el

responsable de ellas. Eso no impide que estas acciones ínfimas pero reiteradas produzcan consecuencias tan sólidas que pueden convertirse en constituir, sin habérselo propuesto, una fuerza contraria al gobierno institucional de la ciudad. De hecho, la solidez de las acciones ínfimas consideradas en conjunto les da el carácter de algo natural, como si fueran parte de la naturaleza humana o de la naturaleza de la ciudad, pero son parte de la cultura urbana. Ante una dinámica de este tipo, la tendencia del sistema técnico es realizar acciones estratégicas, en el sentido que las define Habermas, es decir, acciones que prevén o intentan modificar el comportamiento gracias al conocimiento de los valores por los que se guía una comunidad, sin consultarle a ella sobre su disponibilidad al cambio ni al contenido de él. Esta situación puede duplicar el impersonalismo del movimiento urbano; impersonalismo por los movimientos ínfimos e impersonalismo porque las acciones que tienden a contrarrestarlo por parte del gobierno, empresarios o consejeros técnicos son también impersonales. El resultado de ello es que la situación urbana más común es muy ajena a una acuerdo sobre expectativas recíprocas tematizadas y, por lo tanto, muy distinta de un modelo de comunicación racional y del establecimiento de un espacio público. Pero, una vez más, no conviene confundir este movimiento impersonal con un movimiento caótico, ni tampoco con algún tipo de acción estratégica, ya definida. La evolución sobre la que hablamos es un movimiento impersonal cuyo resultado es ajeno a la voluntad individual e incluso muchas veces contrario a ella. Se trata de una evolución cuyo modelo es estructural, lo que exige situarlo en un plano distinto del de la democracia, de la ausencia de ella o del autoritarismo, ya que no corresponde a paradigmas de la filosofía política clásica. Ya Foucault mostró cómo el poder se podía ejercer mediante sistemas de disciplinamiento impersonal que no habían sido pensados por sistemas filosóficos anteriores. Ahora bien, la diferencia entre la descripción que hace de ellos en *Vigilar y castigar (Surveiller et punir)* y la que hacemos nosotros aquí reside en que él describe un proceso político que ejecuta de acciones racionales con respecto de fines para alcanzar un objetivo en unidades mínimas: los individuos. Los sistemas de disciplinamiento descritos por Foucault requieren instituciones disciplinarias que no existen en todos los países o bien que no en todos tienen la eficiencia que prometen. El proceso que nosotros describimos también se produce a nivel de individuos y puede tener por consecuencias cambios políticos globales en la ciudad, pero sin mediar un sistema de disciplinamiento, carente de un poder centralizado y

que no es fruto del panóptico que todo controla, sino más bien del espacio que la disolución del panóptico genera en la ciudad. El panóptico no existe en la mayoría de las ciudades del mundo o, si existe, no se le hace caso. Las iniciativas individuales ínfimas no se preocupan ni de la ley ni del disciplinamiento, pues ninguno de ambos llega hasta los confines donde habita la mayoría de los seres humanos en las grandes ciudades. Las acciones individuales mínimas y sin acuerdo pueden producirse en espacios públicos o privados, pero en ambos casos tienen una fuente íntima generada en el terreno que el mundo el sistema jurídico garantiza al individuo al proveerle de iniciativa y autonomía.

#### 4. Conclusión

Un modelo racional de comprensión, ya se apoye en la cultura, ya en acciones racionales o en el gobierno del sistema-ciudad, pone el acento en los instrumentos de intervención o de acuerdo sobre objetivos urbanos, privándose de los medios para comprender la evolución y política urbana de la mayoría de las poblaciones del mundo. En cambio, un modelo de carácter lingüístico-estructural, inspirado en Saussure pero no circunscrito a él, permite indagar el *sentido* de los cambios anónimos y de las funciones que cumplen los ciudadanos cuando realizan acciones, todo lo cual puede distinguir un sentido ajeno a lo que cada uno de ellos concibe, sin necesidad de postular ni un inconsciente colectivo ni una situación caótica.

Las modificaciones ínfimas no acordadas son uno de los varios tipos de movimiento que se dan en la ciudad, pero quizás sea el más comúnmente practicado. La filosofía, si quiere comprender lo que sucede y no solamente lo que ella concibe como ideal de convivencia, debiera abrirse a este y otro tipo de movimientos impersonales. Ya lo ha hecho en algunos aspectos, como atestigua la filosofía de Foucault, si bien teniendo como trasfondo modos de vida relativamente minoritarios en el planeta Tierra. Locke y Rousseau<sup>24</sup>, entre otros, se abrieron a comprender movimientos colectivos de carácter deliberativo, lo que en algunos autores de carácter conservador produjo una perplejidad similar a la que producen en el plano filosófico los movimientos anónimos de la actualidad. Si la filosofía generó las bases teóricas de la democracia y además la apoyó en sus avatares contra el *ancien régime*, hoy no hay motivo para tener un prejuicio negativo hacia los movimientos anónimos. Un

modelo lingüístico-estructural de la evolución urbana permite una de las aproximaciones más desprejuiciadas hacia dicho tipo de movimientos debido a que la lingüística estructural abandonó desde sus inicios la investigación sobre hechos y la necesidad de un sujeto de sentido, dotado de voluntad, como única vía para comprender el significado de los hechos y cambios culturales, de forma que puede convertirse en una vía privilegiada para la comprensión del significado de fenómenos de carácter político en una ciudad que evoluciona privada de un autor-sujeto.

#### Notas

<sup>1</sup> El presente artículo desarrolla una idea esbozada (pero no tratada) en nuestro libro *La ciudad y las palabras*, capítulo *Dinámica de la ciudad* (Editorial Universitaria, Santiago, 2004). Por ello, la primera parte de este texto resume lo allí planteado.

<sup>2</sup> Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2004. Véase el capítulo *La urbe como espacio infeliz*.

<sup>3</sup> "Esa autosuficiencia es la finalidad de la ciudad o de la comunidad política. Lo relativo a la ciudad no se define por la espacialidad ni por un tipo de construcción ni distribución de funciones urbanas. Tampoco debe entenderse en el sentido de autosuficiencia de energía, provisiones y servicios, sino como logro moral en un sistema de relaciones donde las más altas virtudes de los hombres libres pueden tener lugar, lo que supone cierto bienestar económico, pero que no se define por éste y que incluso este mismo puede anular. Autosuficiencia es aquí la plena realización del ser humano, lo que en Aristóteles supone el ejercicio de la previsión racional, de la participación en el destino de la comunidad y ocio para no estar sometido a exigencias contrarias a dicho ejercicio. Lo que es autosuficiente es el sistema de relaciones, costumbres y valores, que no requieren de intervención externa o de importación de costumbres foráneas para que los hombres alcancen la virtud. En otras palabras, la ciudad aristotélica es un tipo de vínculo entre los hombres, acordado libremente, de tal manera que gracias a ese vínculo se pueden realizar, sin intervención de terceros, las funciones políticas, morales, económicas y domésticas sin las cuales el hombre, aunque viva en sociedad, no puede ser feliz. Sólo algunas de estas funciones tienen que ver con la construcción y la habilitación material de espacios domésticos, laborales y públicos, pero no puede pensarse que ello sea lo esencial de la ciudad (polis) aristotélica". Véase el capítulo *La urbe como espacio infeliz*, de nuestro libro *La ciudad y las palabras*, Editorial Universitaria, Santiago, 2004.

<sup>4</sup> Neira, op. cit., capítulo *Dinámica de la ciudad*, p. 120.

<sup>5</sup> Los dos párrafos siguientes en itálicas están extraídos o parafrasean párrafos del capítulo *Dinámica de la ciudad*, del ya mencionado libro *La ciudad y las palabras*.

<sup>6</sup> Herbert Marcuse; *El hombre unidimensional*. Ed. Seix Barral, Barcelona, 1968.

<sup>7</sup> Habermas, Jürgen; *La Ciencia y la Técnica como "Ideología"*, Ed. Tecnos, Madrid, 1984. Trad. de Manuel Jiménez Redondo, p. 69.

<sup>8</sup> Nos apoyamos en Habermas, Jürgen; *Problemas de Legitimación en el Capitalismo Tardío*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1989. Estas definiciones se encuentran en la página 20.

<sup>9</sup> Lo ha hecho tanto en sus primeras obras, referidas a la teoría de la imaginación, como en otras de madurez, motivo por el que no volveremos sobre este punto.

<sup>10</sup> De acuerdo a la investigación *Los espacios públicos urbanos y la construcción del capital social*, dirigido por Olga Segovia, Sur-profesionales, Santiago (proyecto Fondecyt 1030155), con la colaboración de Guillermo Dascal y Hernán Neira.

<sup>11</sup> Este hecho fue tratado, sin que se le haya podido dementir, por Jean Bodin en *Les six livres de la république*, (abregé du texte de l'édition de Paris de 1583, Edition et présentation de Gérard Mairet, Librairie Générale française, Paris.

<sup>12</sup> Los párrafos en itálicas están extraídos del capítulo *Dinámica de la ciudad*, en *La ciudad y las palabras*, op. cit.

<sup>13</sup> Un ejemplo de esto último han sido algunas grandes tomas de terreno por pobladores sin casa en Santiago de Chile en la década del 1970 y del 1980, donde se produce el acuerdo normativo entre los pobladores, que efectivamente ocupan terrenos, pero sólo después intervienen técnicos que organizan la toma espacial e higiénicamente, etc.. Un ejemplo del caso *d* sería lo sucedido en el París de Haussmann, donde barrios constituidos por artesanos que fueron moldeando el espacio anónimamente por modificación ínfimas se confrontan a la intervención de sus espacios de vida, siguiendo consejos técnicos, por parte del gobierno durante Napoleón II.

<sup>14</sup> Saussure, Ferdinand de; *Cours de linguistique générale*. Payot, Paris, 1986. Véase el capítulo "Il Inmutabilité et mutabilité du signe".

<sup>15</sup> Saussure, Ferdinand de; op. cit., p. 108. Nosotros traducimos. El original dice: "la langue est de toutes les institutions sociales celle qui offre le moins de prise aux initiatives. Elle fait corps avec la vie de las masse sociales"

<sup>16</sup> De una afirmación semejante, Rousseau extrae consecuencias muy distintas, probablemente ligadas a que los fenómenos que describimos aquí no eran conocidos en la época en que escribe.

<sup>17</sup> Las reflexiones sobre Marcuse sobre este tema siguen siendo pertinentes. Véase *El hombre unidimensional*.

<sup>18</sup> Saussure, Ferdinand de; op. cit., p. 21. Nosotros traducimos. El original dice: "dégager les lois générales auxquelles on peut ramener tous les phénomènes particuliers de l'histoire".

<sup>19</sup> Gadamer, Hans-Georg; *Verdad y Método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1996. Traducción: Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito. Gadamer exige tomar en cuenta el proyecto del autor para realizar la interpretación de la obra. En el caso de la dinámica urbana por movimientos ínfimos no hay traspaso de la intencionalidad desde el individuo al movimiento general. Éste carece de intención, aunque sí de sentido.

<sup>20</sup> Lévi-Strauss y Propp; *Polémica Lévi-Strauss & V. Propp*. Editorial Fundamentos, Madrid, 1982 (2a edición), p. 104.

<sup>21</sup> Lévi-Strauss y Propp; *Polémica Lévi-Strauss & V. Propp*. Editorial Fundamentos, Madrid, 1982 (2a edición), p. 49.

<sup>22</sup> Qué medidas toma el sistema técnico y haciendo uso de qué enunciados teóricos pertinentes es otro tema. En todo caso, lo notable es que estas medidas son tomadas en un plano distinto del de las normas consensuadas.

<sup>23</sup> Barthes, Roland; *Mitologías*, Siglo XX ediciones, México, 1991, 9a edición. Véase el capítulo dedicado al Citróen DS.

<sup>24</sup> O incluso Francisco de Vitoria, aunque en un sentido distinto, pues no forma parte de la modernidad.

## Bibliografía

- BARTHES, R. 1991. *Mitologías*, Siglo XX ediciones, México, 9a edición.
- FOUCAULT, M. *Surveiller y punir*. Gallimard, París.
- GADAMER, H-G., 1996. *Verdad y Método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Ed. Sígueme, Salamanca. Trad.: Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito.
- HABERMAS, J., 1984. *La Ciencia y la Técnica como "Ideología"*, Ed. Tecnos, Madrid. Trad. de Manuel Jiménez Redondo
- HABERMAS, J., 1989. *Problemas de Legitimación en el Capitalismo Tardío*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- LÉVI-STRAUSS y PROPP, 1982. *Polémica Lévi-Strauss & V. Propp*. Editorial Fundamentos, Madrid, (2a edición).
- MARCUSE, H., 1968. *El hombre unidimensional*. Ed. Seix Barral, Barcelona.
- NEIRA, H., 2004. *La ciudad y las palabras*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile.
- SAUSSURE, F., 1986. *Cours de linguistique générale*. Payot, Paris.